

CAPITULO 31

Del modo de colocarse los diputados y de una tribuna para los oradores

No ha de haber lugar predeterminado en una asamblea numerosa deliberante; y cada uno debe tomar el suyo á su eleccion y segun el órden de su llegada.

Este arreglo libre es preferible á todo órden determinado por muchas razones; y desde luego, porque se dirige á producir un debate de mejor especie.

Los miembros del mismo partido han de tener la facilidad de concertar sus operaciones y repartir sus papeles. Sin este concierto, no se colocarán jamas los argumentos en el orden mas competente, ni se presentarán con la claridad mas provechosa. Unicamente por medio de la continua correspondencia de los diputados entre sí puede impedirse una infinidad de digresiones, contradicciones, repeticiones, inconsecuencias y otros incidentes, que tienen comunmente tendencia á romper aquella unidad de plan necesaria para conducir los negocios á un fin dado. Los intereses de partido son los mismos que los del público en esta materia. Es necesario para el bien jeneral que cada partido pueda defender su causa con toda fuerza, y utilizarse de todos sus medios, supuesto que la verdad sola va á ganarlo todo en este concurso.

Varios consejos celebrados antes de la asamblea no pueden suplir á estos consejos instantáneos, pues bastan

un reparo particular, o nueva proposicion, para dar otro semblante a los negocios, ó precisar á una mudanza de medidas; y la mas consumada prevision no podria anticiparse á cuantos incidentes pueden orijinarse en el curso de una discusion. Sucede en esto como en las batallas: el mejor plan formado de antemano no podria suplir la necesidad de aquellas órdenes eventuales, sujeridas á cada paso por las ocurrencias del combate.

La práctica inglesa se conforma con esta teórica. Siendo libre la colocacion, ámbos partidos se han puesto naturalmente en los dos lados de la sala. El primer banco, á la derecha del presidente, que llaman *de la tesorería*, está ocupado por los ministros y demas personas empleadas; es un efecto de urbanidad, pero no de derecho. En el primer banco de su izquierda se sientan los sujetos mas notables de la oposicion.

Hay una sola excepcion de esta libertad de asientos, excepcion loable en la causa, pero muy rara en la práctica para formar un inconveniente. «Está admitido, dice M. Hatsell, que los miembros que han recibido en su *asiento* las gracias de la cámara tienen derecho al mismo *asiento*, á lo menos durante aquella lejislatura, y se le deja como suyo la cortesía de la cámara en jeneral. (Hatsell, 67.)»

En la cámara alta hay diferentes bancos destinados de derecho á los diferentes órdenes, uno para los obispos, otro para los duques, etc.; pero se observan poquísimas estas designaciones.

Los Estados de Holanda y Westfrisia se juntaban en una sala, en que, juzgándolo por el sitio, habia de ser de rigor la fijacion de asientos. Los asientos estaban ocupados todos, y no podian mudarse sin ocasionar algun desorden. En cuanto á los inconvenientes que habian de orijinarse de ello, es materia conjetural, y nada mas; porque todo pasaba secretamente en las

asambleas báltavas. No se conoció jamas en ellas esta conformidad esencial entre la libertad y la publicidad, que se conservan la una á la otra.

Esta libre colocacion es favorable á la igualdad, en un caso en que no pudiendo perjudicar á nadie, es una justicia. El impedir las contiendas de precedencia, y aquellas vanas competencias de etiqueta, que tan miserablemente han absorbido la atencion de las asambleas políticas, sería ya un sumo bien; pero el corregir la disposicion misma que hace dar algun valor á estas distinciones, es otro muy superior. Para ejecutar este plan de injurias graduales se empieza suponiendo que un asiento es preferible á cualquier otro, y que el ocuparle es una señal de superioridad. Este sistema de insultos que regularmente van creciendo desde el primer asiento hasta el último es lo que llaman *orden, subordinacion, armonía*; y estas distinciones de desaires recibidos y hechos con privilejio se miran comunmente con mas respeto, y se defienden con mas teson, que las leyes mas importantes.

Esto causa altercados y pequeñeces, que es preciso desterrar de una asamblea política. Deben desconocerse en ella las distinciones de asientos y disputas de clase. *Merita sua teneant auctores: nec ultra progrediatur honos, quam reperiatur virtus.*

Se oye á veces en Inglaterra hablar de una contienda de precedencia; pero no es nunca mas que en asambleas de diversion, entre mujeres y entre ellas únicamente. Si semejantes disputas llegan hasta los hombres, no toman parte en ella sino como en una materia jocosa.

¿Habrà un asiento destinado para los que hablan?

Para responder á esta pregunta, sería necesario tener dos datos, la forma y magnitud de la sala, y el número de los diputados.

En una asamblea numerosa se oye mejor al orador

que habla desde una tribuna colocada cerca del centro y visible á todos. El debate mejor seguido causa menos fatiga. Los que tienen débil la voz, no están obligados á esforzarla para hacerse oír en los extremos; consideración que no es de despreciar en una asamblea política, en que ha de haber una gran proporción de hombres ancianos y estudiosos.

Gana en esto la policía interior. Si cada uno puede hablar desde su asiento, hay cuando menos peligro de confusión; y el presidente tiene mayor dificultad para impedir las interrupciones irregulares. La necesidad de ir á la tribuna reprime una infinidad de dichos insignificantes y atropellados; es un acto deliberado que no se ejecuta hasta después de haber reflexionado sobre lo que se quiere decir; es preciso salir á la palestra; y sería una ridiculez atraer uno la atención sobre sí mismo, cuando no tiene que decir nada que sea digno de ella.

Por otra parte desde que hay una tribuna establecida para ser el lugar de la palabra, todo lo restante de la asamblea ha de estar sujeto á la ley del silencio. Si alguno habla fuera del sitio privilegiado, comete una irregularidad conocida, y se le recuerda inmediatamente el orden.

La tribuna presenta finalmente una cierta preeminencia de imparcialidad. Si la asamblea, según la disposición de todos los cuerpos políticos, se forma en dos partidos, cada uno se dirige naturalmente á acantonarse en una porción de la sala. Si cada miembro habla desde el seno de su partido, se sabe de antemano en que sentido va á hablar; pero siempre hay hombres más ó menos imparciales é independientes. Bueno es hacer que todos los diputados hablen desde una tribuna que es la misma para todos, y que no presenta la asociación del individuo con el partido que sigue. Sé

que este medio no es perpétuo, porque todos los individuos se conocen bien presto unos á otros: pero no sucede lo mismo con respecto al público que los oye, y que se desconcierta cuando es llamado á juzgar al orador sobre lo que dice, y no con arreglo al lugar desde donde habla.

Es una sujecion, dirán, y ella puede privar á la asamblea de las luces de un hombre encojido que teme salir á la palestra de un modo muy notable.

Pueden decir ademas que resultaria de ello una pérdida de tiempo, si para decir una sola palabra, hacer una corta esplicacion, ó recordar el orden á alguno, fuera necesario atravesar la sala y subir á la tribuna.

Pero son de poca fuerza ambas objeciones. La primera supone un grado de timidez que el hábito vence muy en breve. Un hombre versado habla desde un asiento como desde otro; habla mejor en el que mejor le oyen; y mas libremente, en el que se esfuerza menos.

En cuanto á las esplicaciones breves, puede permitir las el presidente á un miembro sin mudar de asiento. Son unas particularidades sobre las que bien presto se forma rutina (1).

Ninguna de las dos cámaras del parlamento británico tiene tribuna, ni de ello resulta grave inconveniente. Sin embargo, conviene reparar que aquellas asambleas son

(1) La tribuna tal como se halla establecida en la cámara de los diputados de Francia está sujeta á otras objeciones. El presidente está colocado detras del orador: en cuyo caso no puede observarse una de las reglas esenciales, la de dirigir la palabra al presidente y á él solo.

Esta posicion presenta otro inconveniente. Si el orador se sale de la cuestion ó del orden, no puede intempestivamente el presidente ó hacerse entender de él, sin agitar su ruidosa campanilla. Este modo de advertirse, desagradable en sí mismo, escita el amor propio, y le irrita de muy diferente modo que lo haria una señal ó una palabra de parte del jefe de la asamblea.

rara vez numerosas; que hay pocos oradores habituales, y que ellos ocupan casi siempre los mismos asientos. Pero cuando quiere hablar un miembro desde un asiento retirado, habla con manifiesta desventaja; le oye la asamblea menos bien, y de ningun modo la galería. Hay pocos debates importantes en que los papeles públicos no esten reducidos á suprimir algunos discursos de que no han llegado hasta ellos mas que medias frases y vagos sonidos.